

temibles combates de luteranos, calvinistas y demás sectarios de la Reforma.

Hay más. ¿Hubo en España días más felices que aquellos en que la Teología era muy estudiada? ¿Quién no recuerda con encanto y veneración los días de Soto, Victoria y Melchor Cano, de Suárez y de Vázquez? Así fueron entonces los teólogos verdadero baluarte contra la irrupción de los herejes protestantes, conservando al pueblo en la fe de Dios. Quizás, y sin quizás, es hoy mayor el peligro que corremos de ver bastardeada nuestra fe, merced al cinismo y atrevimiento de nuestros enemigos y el descuido de algunos en estudiar la Sagrada Teología.

ARTÍCULO XI.

¿QUÉ MÉTODO SE HA DE SEGUIR EN EL ESTUDIO DE LA TEOLOGÍA?

«La Teología, dice León XIII (1), es la ciencia de las cosas de la fe. La cual se alimenta, —nos dice el Papa Sixto V,—en fuentes que jamás se agotan.

«Llamada positiva y especulativa, ó escolástica, según el método que para estudiarla se emplea, la Teología *no se limita á proponer las verdades que se han de creer, sino que escudriña su fondo íntimo, muestra sus relaciones con la razón humana, y ayudada de los recursos que le suministró la verdadera filosofía, las explica, las desenvuelve y las adapta exactamente á todas las necesidades de la defensa y propagación de la fe.* A semejanza de Belesael, á quien el Señor había dado su espíritu de sabiduría, de inteligencia y de ciencia, confiándole la misión de edificar su Templo, el teólogo «talla las piedras preciosas de los divinos dogmas, las acomoda con arte, y merced al marco en que las coloca, hace resaltar su brillantez, su atractivo y su belleza». (2)

«Con razón, pues, el mismo Sixto V. llama á esta Teología

(1) Encíclica á los obispos de Francia, 8 de Septiembre de 1879.

(2) S. Vinc. Sir. Commonit. C. H.

(hablando especialmente aquí de la Teología escolástica) un don del cielo, y pide que se la mantenga en las escuelas y sea cultivada con grande ardor, como cosa la más fructífera (1) para la Iglesia.

«Será necesario añadir que el libro por excelencia en que podrán los alumnos estudiar con mayor provecho la Teología escolástica es la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino. Nos queremos, por lo tanto, que los profesores cuiden de explicar su método á todos sus discípulos, así como los principales artículos relativos á la fe católica.» (León XIII en su Encíclica á los Prelados y Clero de Francia, sobre la educación de los clérigos en los seminarios).

Véase, además, la Encíclica «Aeterni Patris», dirigida por León XIII, en 4 de Agosto de 1879, á todos los Obispos del Orbe Católico, en que se recomienda la doctrina y método de Santo Tomás; y además, los Breves de León XIII á los padres Franciscanos y Jesuitas.

II.

TEOLOGÍA Y CIENCIAS NATURALES, SEGÚN HETTINGER EN SU «TIMOTEO».

San Agustín y las ciencias naturales.—No existe oposición entre la teología y las ciencias naturales.—Puntos de contacto entre una y otras.—Conocimiento de las últimas causas.—Las ciencias naturales según Aristóteles y la escolástica.—Ciencias naturales y cultura intelectual.

Con la sencillez propia de tus años, me preguntas en tu última carta, mi caro amigo, ¿á qué fin conduce el estudio de las ciencias naturales? Y me es tanto más agradable contestarte cuanto que el asunto merece ser tratado con reflexión y detenimiento. Y en efecto, si en todo tiempo ha sido de gran importancia este estudio, como poderoso auxiliar para el progreso de la ciencia teológica, hoy es de una importancia trascendental, que según todas las

(1) Citada Const. Apost.

apariencias irá aumentando cada día. Y esto no solamente por el prurito cada vez más notorio de encontrar una discrepancia entre la teología y las ciencias naturales, sino por el desarrollo y considerable extensión que éstas han alcanzado y cuyo conocimiento, siquiera sea somero y general, se considera ahora como absolutamente necesario para el Sacerdote, quien por razón de su ministerio debe poseer todos aquellos conocimientos que se exigen para rebatir los diferentes ataques de la creciente incredulidad. Uno de los más repetidos consiste en afirmar á boca llena, aunque sin tomarse el trabajo de comprobar la afirmación, que la teología es opuesta en principio y vive en abierta contradicción con los elementos de las ciencias naturales. Ahora bien, mi caro amigo: considerada la cuestión con imparcialidad y no á través del prisma de la pasión, como lo hacen los que esto pretenden, tan lejos está nuestra teología de ser opuesta á las ciencias, que muy por el contrario las ha reputado siempre como sus aliadas naturales, siguiendo con placer y hasta con interés sus progresos, y reconociendo en sus descubrimientos y conquistas, nuevas pruebas que confirman sus enseñanzas. Si alguna vez han ocurrido conflictos, éstos no han procedido ni de la teología pura, ni de la verdadera ciencia, y han servido con frecuencia nada más que de brillante disfraz para encubrir bastardas intenciones. Ya San Agustín hacía hincapié en este pensamiento, cuando, al tratar sobre este punto, decía: «Nada podrán descubrir los sabios acerca de la naturaleza de las cosas que contrarie á las divinas enseñanzas de nuestros libros», y termina diciendo «que no debemos dejarnos seducir de la locuacidad de una falsa ciencia, ni atemorizarnos con la superstición de una falsa religión.» (1)

(1) De Genesi ad lit. I, 21: «Didici non haerere homini in respondendo secundum fidem, quod respondendum est hominibus, qui calumniari libris nostrae salutis affectant; ut quidquid ipsi de natura rerum veracibus documentis demonstrare poterint, ostendamus nostris litteris non esse contrarium, quidquid autem de quibuslibet suis voluminibus his nostris litteris, id est, catholi-

Mas no es esto principalmente lo que yo me propongo, mi caro amigo, al inculcarle la necesidad de no permanecer alejado del estudio de las ciencias naturales. El verdadero motivo te lo indica el mismo San Agustín cuando dice (1): «Sucede con frecuencia que muchos que no son cristianos, poseen ya por la fuerza de su ingenio, ya por medio de la experiencia, verdaderos conocimientos científico-naturales respecto de la tierra, del cielo y de los elementos: conocen los movimientos y magnitud de las estrellas, las diferentes variaciones del sol y de la luna, el curso periódico de las estaciones, la naturaleza y diferentes propiedades de los animales, plantas y minerales con otras mil cosas de la misma especie. Es pues un gravísimo inconveniente y que produce deplorables efectos, oír, á un cristiano fundar opiniones cuyas equivocadas en el testimonio de las sagradas Escrituras, exponiendo sobre estas materias las ideas más extravagantes, de modo que los enemigos del cristianismo, al escuchar semejantes paradojas, apenas pueden contener la risa. Y no es lo peor que un particular se ponga en ridículo por sus rudezas é ignorancia, sino que hay algo más triste todavía, y es que de aquí toman ocasión los gentiles para formarse un concepto desfavorable de nuestras Escrituras, como si éstas contuvieran semejantes disparates, teniéndolos con frecuencia por libros anticientíficos, criticándolos y burlándose de ellos, con gran perjuicio de aquellos cuya salvación procuramos por todos los medios. Y es natural, además, que viendo errar á un cristiano en cuestiones para ellos tan conocidas, y observando sobre todo que el tal intenta robustecer sus opiniones con textos de las Escrituras, fácilmente rechazarán el testimonio de éstas cuan-

dae fidei contrarium protulerint, aut aliqua etiam facultate ostendamus, aut nulla dubitatione credamus esse falsissimum; atque ita teneamus Mediatorem nostrum, in quo sunt omnes thesauri sapientiae atque scientiae reconditi (Col. 2, 3), ut neque falsae philosophiae loquacitate seducamur, neque falsae religionis superstitione terreamur.»

(1) L. c. I, 19.

do hablan de la resurrección de la carne, de la esperanza de la vida eterna y del reino de los cielos; y esto tanto más cuando creen que ellas contienen errores graves respecto de cosas que podemos comprobar por la experiencia. Lo que nuestros hermanos inteligentes sufren con motivo de esa falta de discreción, no se puede ponderar bastante, pues los tales, al verse refutados y confundidos por los ídólatras en sus erróneas opiniones, se atreven á recurrir á la Sagrada Escritura para sostenerlas, y citan textos para apoyarlas, pero sin saber, al citarlos, qué es lo que dicen, ni qué es lo que pretenden probar con ellos.»

No parece, mi caro amigo, sino que el gran Doctor quiso pintar, con muchos siglos de anticipación, á muchos cristianos de los tiempos posteriores y hasta de nuestros días, empeñados en oponerse sistemáticamente á los resultados indiscutibles de las ciencias naturales, sosteniendo con tesón anticuadas opiniones, y trayendo también en su apoyo textos de la Sagrada Escritura, cuyo prestigio con este proceder, dañan deplorablemente. Nuestra teología es demasiado grande y se encuentra en un terreno demasiado sólido para cerrar sus ojos á los misterios de la naturaleza que se descubren más y más cada día. Antes por el contrario, se goza con las nuevas conquistas de la ciencia, considerándoles con razón como otras tantas nuevas páginas del gran libro de la naturaleza, en las que con letras de oro aparece descrita la magnificencia del Hacedor, y extiende con más amplitud su mirada sobre el vasto campo del universo para cantar de nuevo con el profeta: ¡Dios y Señor nuestro, cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! (1) También en este punto guiaba á la filosofía escolástica un recto pensamiento. La filosofía, según su concepción, comprendía, además de las matemáticas, todo el estudio de la naturaleza bajo el nombre de física (2). Lógica, física, metafísica y ética constituían la enci-

(1) Pa. 8. 1.—(2) Aristot., *Metaphys.* VI, 1.

clopedia filosófica de aquella época (1). La lógica, según esta escuela debe enseñarnos á aplicar rectamente el raciocinio; la física tiene por objeto el estudio del mundo; la metafísica examina las relaciones de éste con su Creador, mientras que la ética patentiza las reglas según las cuales debe ordenarse la vida moral. Aun los mismos Bacon de Verulamio, Descartes y Newton nos hablan en sus escritos de la *philosophia naturalis*, y con razón, puesto que la filosofía y las ciencias naturales, más bien que dos cuerpos distintos, constituyen uno solo, aunque no se debe negar que el vuelo considerable que estas últimas han tomado y sus progresos sorprendentes, no permiten considerar hoy esta relación de reciprocidad del mismo modo que la consideraban Aristóteles y la escolástica. Mas si es cierto que la modalidad ha cambiado, no por eso ha sufrido variación la relación fundamental entre ambas, relación que ya Santo Tomás indicó al decir que, siendo la naturaleza obra de una inteligencia (*Natura est opus intelligentiae*), su estudio, por consiguiente, pertenece á la filosofía.

Objeto común de todas las ciencias naturales es toda la creación visible, cuyos procesos particulares observan, comparándolos entre sí, investigando sus leyes por un método exacto, esto es, con precisión matemática, y relacionándolos, en la medida que es posible, con las causas singulares, procurando reducir estas mismas leyes á principios operativos simples, para condensarlas finalmente en un principio general, uno y universalísimo. También la filosofía parte en sus investigaciones de la experiencia, que es, como afirma Santo Tomás, la causa material de nuestros conocimientos (2), y aquí observamos ya un punto de contacto entre ésta y las ciencias naturales. Pero no

(1) Véase p. ej. A. Goudin, *Philosophia iuxta inconcussa. Tutissimaeque divi Thomae dogmata*, ed. nova, Colon. Agripp. 1726, p. 8: «Philosophia adaequate dividitur in quatuor partes, logicam, physicam, metaphysicam et ethicam seu moralem.»

(2) S. Th. I, q. 84. a. 6 ad 2: «quodammodo materia causae.»

es esto sólo; no contentas con el puro fenómeno sensible, procuran aquellas investigar sus leyes; y he aquí que por segunda vez se dan la mano con la filosofía, puesto que estas leyes generales no representan más que lo invisible en lo visible, lo permanente en lo inconstante, lo general en lo particular, en una palabra, una idea exclusivamente racional y por lo tanto puramente filosófica.

En efecto, ciertas ideas ó conceptos generales y necesarios, como los de esencia y existencia, unidad y orden, fin y medio, causa y efecto, se ocultan á los sentidos, y no pueden ser representados por algo sensible, sino que constituyen, por decirlo así, el sello particular del espíritu. Ni la constante observación del firmamento, ni la maravillosa potencia del telescopio han creado la «mecánica celeste», cuyo conocimiento es una de las más grandes conquistas de las ciencias naturales, sino que ésta ha sido obra exclusiva del espíritu razonador. Por esto argüía ya San Agustín contra los materialistas de su tiempo con el ejemplo de las matemáticas, que empleamos en la investigación exacta de las ciencias naturales, pero que examinadas como matemáticas puras son objeto exclusivo de la inteligencia (1). Mas todavía, no es ésta la última analogía entre las ciencias naturales y la filosofía. Los antiguos se ocupaban ya con gran celo en la investigación del último principio de unidad en el mundo. Aristóteles se remonta de la investigación de los fenómenos sensibles hasta dar con un primer principio, único y altísimo fin, en el cual y por el cual obran todas las fuerzas de la naturaleza en la más perfecta armonía, como un bien disciplinado ejército bajo las órdenes de su general. También en

(1) De libero arbitrio, II, 8. «Hoc ergo, quod per omnes numeros esse immobile, firmum incommutabile et conspicuum, unde conspicimus? Non enim ullus sicut sensu corporis omnes numeros attingit, innumerabiles enim sunt; unde ergo novimus per omnes hoc esse, aut qua phantasia vel phantasmate tam certa veritas numeri per innumerabilia tan fideiter, nisi in luce interiore conspiciatur, quam corporalis sensus ignorat?»

(2) Metaphysica, XII, c. 10.

la actualidad, las ciencias exactas se proponen esta cuestión: ¿Cuál es la última y suprema fuerza, de las que todas las otras proceden? Sólo después de haber resuelto esta cuestión, llegarán las ciencias naturales á penetrar en el arcano de la gran armonía del universo. Y he aquí el punto principal donde la filosofía tiende su mano á esas ciencias para conducir las á las más transcendentales cuestiones.

Por lo dicho comprenderás ya, mi caro amigo, cuán íntimos lazos existen entre las ciencias naturales y la filosofía. Ésta es el verdadero guía de aquellas cuando se trata de la observación de los fenómenos ó investigación y explicación de sus leyes mediante la inducción y deducción. Pero avanzando aun más allá que éstas y remontándose sobre la esfera de lo sensible, penetra en la de lo inteligible, en el mundo espiritual. Las ideas eternas, necesarias, son las que tienen aplicación al mundo visible, pero no sólo á él; los conceptos generalísimos, como esencia y existencia, substancia y accidente, tiempo y espacio, finito é infinito, forman su dominio especial; y penetrando siempre más y más llega al punto donde se le presenta la gran cuestión sobre la causa última de todas las cosas. Y aquí nuevamente se encuentra la filosofía con las ciencias naturales. Aunque por diferentes caminos, van á parar sin embargo á un común término. Observación, experiencia é investigación exacta por una parte, concepción, clara posición de las diferentes categorías ó determinaciones ontológicas de todo lo que tiene ser, la distinción clara de lo finito y contingente en su relación con lo infinito y absoluto, he aquí lo que tenemos por otra parte. Pero la lógica, sin la cual ni aquella ni éstas pueden dar un paso seguro en el camino de investigación, es como un sello que ambas llevan impreso. Con razón por lo tanto la llaman los aristotélicos τὸ ὄργανον τῆς φιλοσοφίας, el principal instrumento de la filosofía. Es pues la filosofía la verdadera ciencia del pensamiento humano y por lo mis-

mo la más universal, la condición nesaria de todas las otras ciencias y el más sólido fundamento para la investigación de la naturaleza; siendo á la vez la única que estrecha y armoniza los diferentes resultados de la investigación particular continuándolos hasta llegar á la solución del gran problema del universo.

No se puede negar que el dominio de las ciencias naturales y experimentales ha ganado mucho en extensión y tomado proporciones que nadie hubiera podido sospechar hace un siglo. Cada día parecen nuevos retoños que adornan y rejuvenecen el añoso tronco de las ciencias antiguas; y las que antes eran tenidas como puras especialidades de una facultad, se han transformado en verdaderas ciencias. Los obreros de la inteligencia trabajan sin descanso, en Inglaterra, Alemania y Francia, y hasta en el nuevo mundo cada día se nota más su poder é influjo. El desarrollo y extensión que han alcanzado las diferentes ramas científicas, raya tan alto, que el talento más claro es ya impotente para abarcar, no diré todas ellas, pero ni aun aquella á que se dedique. Hasta ha llegado á tenerse por prueba de espíritu científico, entre los sabios, el que reconozcan ingenuamente que su vista no alcanza á dominar más que un horizonte limitadísimo, siendo este á su vez argumento demostrativo de que, si se quiere adelantar en estas facultades especiales, es preciso cultivar seriamente una de ellas, y ésta bajo un aspecto determinado. Tal manera de pensar está, á nuestro parecer, muy justificada; pero puede degenerar en peligroso error desde el momento en que el especialista, encariñado con el estudio de su predilección, muestra apatía hacia todas las otras ciencias y sobre todo hacia la filosofía, reputándose satisfecho con su única especialidad. Que no se debe olvidar, mi caro amigo, que todas estas especialidades, por muy brillantes y deslumbradoras que parezcan, no tocan más que á la periferia del espíritu y de su vida, sin penetrar en el centro. Precisamente, las cuestiones que yo he

llamado filosóficas, son las que Aristóteles designó como innatas á la humana inteligencia, puesto que todo hombre está naturalmente dotado de razón, mediante la cual puede investigar y penetrar todas las cosas, principalmente á sí mismo, reconociendo su origen y su fin. Querer suprimirlas equivaldría á despojar al alma de la más preciosa herencia que recibió de la naturaleza, é intentar violentamente hacerle fijar en la tierra aquellos ojos que en virtud de natural impulso dirijen sus miradas hacia el cielo. Pero la naturaleza no se deja violentar facilmente; y he aquí por qué precisamente los talentos más eminentes en las ciencias naturales no encuentran plena satisfacción en los resultados, por otra parte maravillosos, de la investigación matemática, esforzándose continuamente á traspasar las fronteras de la descripción puramente física de la naturaleza, para llegar á la consideración metafísica de la misma y sorprender, por esta vía, sus misteriosos arcanos. La fase en que hoy se presenta la ciencia de la naturaleza, es una prueba bien clara de nuestro aserto. El darwinismo, por ejemplo, en sus múltiples manifestaciones, para explicar la transformación de las especies, en virtud de la lucha por la existencia y la selección natural, se sirve de gran número de hechos y experimentos particulares; pero la construcción del sistema monista y de sus aplicaciones á los diferentes dominios de la humana cultura, lo mismo que á los diferentes grados de la vida social, política, religiosa y moral, no podía efectuarse sino recurriendo á á teoremas é hipótesis filosóficas. «El darwinismo, decía un sabio célebre, más bien que un nuevo sistema científico-natural, es una nueva religión»; y el gran inventor del «sistema de la conservación de la fuerza», J. R. Mayer, declaraba sin embozo que «el darwinismo había hecho tantos adeptos en Alemania, sólo porque su teoría puede convertirse en argumento del ateísmo».

En vista de esto, si la ciencia de la naturaleza no debe

mostrarse indiferente á la del espíritu, ésta á su vez no debe permanecer aislada de aquélla, ni mucho menos cerrarle sus puertas con oposición sistemática. «La suma de conocimientos experimentales y una filosofía natural completa en todas sus partes (caso de ser posible tal complemento) no pueden discordar si la filosofía natural no es más que la concepción racional y ordenada de los fenómenos reales que se producen en el universo. Si alguna vez se encuentran en lucha, ésta no puede ser real, y procede ciertamente, ó de una especulación poco sólida, ó de un empirismo falso y temerario, que cree poder deducir de un hecho experimental más de lo que en él en realidad se contiene.» (1) La desconfianza y hasta el desprecio de los naturalistas hacia la filosofía comenzó puntualmente en aquella época en la cual el mundo científico despertó de los sueños de la filosofía idealista de Fichte y Schelling con su física especulativa en que se pretende construir *a priori* los fenómenos del mundo sensible, la gravedad, el calor, la electricidad etc., explicándolos según determinadas categorías filosóficas. Solamente la investigación exacta auxiliada de diligentes observaciones y experimentos, es capaz de promover las ciencias naturales y hasta fomentar la filosofía, que saca nuevas consecuencias de los resultados adquiridos. No pretendemos con esto, que los profesores de filosofía y teología deban necesariamente estar versados en estas ciencias y moverse en ellas como en dominio propio; sería casi exigir lo imposible, y querer realizarlo, exponerse á obtener un resultado contraproducente. La consecuencia de esto sería, á lo más, una obra hecha con pedazos y remiendos, una libación superficial é insípida en las diferentes especialidades de las ciencias naturales, con daño de la verdadera formación filosófico-teológica y sobre todo de la verdadera formación científico-natural. Por dicha nuestra, este trabajo es superfluo, pues otros se ocupan de esta labor

(1) A. de Humboldt, «Kosmos» (ed. 1845 T. 6)

científica, y nuestros filósofos y teólogos sólo necesitan estar atentos para entender bien los resultados ciertos de de la investigación natural. Que para esto se requiera poseer al menos los conocimientos elementales de la física y en general del sistema de los tres reinos de la naturaleza, es cosa que no necesita demostrarse.

De este modo procedieron los antiguos y antes que todos Aristóteles. Al desprecio con que se miraron sus cándidas apreciaciones de los fenómenos naturales, ha seguido una grande estimación desde el momento en que se han reconocido los servicios inmensos prestados por él en dominio de la observación experimental. Abandonado á sí mismo y sin disponer de ninguno de aquellos instrumentos con que hoy cuenta cualquier sabio, realizó preciosas observaciones y experimentos en todos los ramos de la investigación natural, principalmente en zoología, con tal precisión que hoy mismo nos maravilla. Mas con todo, su mérito extraordinario, y lo que le conquistó un nombre inmortal, fué el haber fijado, el primero, el método de la investigación, aplicando la inducción (*επιχειρηματική*) y la deducción (*ἀποδεικτική*), y examinando antes que nadie el inmenso material de las ciencias naturales de una manera científica. Su sistema de los tres reinos de la naturaleza, tomado en sus rasgos fundamentales y tal cual él lo expone, se ha conservado firme hasta nuestros días. Semejante á un faro resplandeciente se eleva iluminando las quebradas ondas de encontradas opiniones é indicando la tierra firme de la ciencia y disipando con su luz las tinieblas del entendimiento á través de los siglos. Y aunque si Aristóteles resucitara, se juzgaría un niño, como dice Snell (1), al contemplar nuestra astronomía, física y mecánica, pero en lo que toca al conocimiento de la naturaleza orgánica, encontraría que sus opiniones no habían sido esencialmente superadas. Apenas sentiría dificultad en

(1) «Die Streitfrage des Materialismus» (La cuestión del materialismo) (Leipzig 1858) p. 8 y 308.

comprender cuanto la fisiología actual ha descubierto acerca del organismo considerado como tal, y difícilmente se humillaría ante las teorías modernas.» Atendida la fama de que gozó Aristóteles en las antiguas universidades cristianas, se comprende perfectamente que sus opiniones sobre las ciencias naturales fueran recibidas también en ellas. A pesar de esto, los más preclaros ingenios de la Edad media procuraban siempre precaver á sus discípulos contra un desmesurado aprecio de la autoridad del Estagirita por lo que mira á las ciencias naturales, haciéndoles ver que en éstas el camino trillado eran la experiencia y la observación. Sin la experiencia, decía Rogerio Bacón (1), nada se puede conocer suficientemente, pues los dos modos de conocer son la experiencia y la argumentación. El argumento concluye y hace que nosotros concluyamos, pero ni certifica ni ahuyenta la duda de tal modo que la inteligencia se recree en la contemplación de la verdad; si á la par no se nos manifiesta por la vía de la experiencia.» Refiriéndose á lo mismo decía Alberto Magno (2): «Entre las diferentes sentencias que emitimos, existen algunas cuya verdad podemos probar por la experiencia, y otras por el contrario, cuya exactitud nos consta que no las hubieran propuesto á no haberlas confirmado con experimentos. En tales cosas solamente la experiencia certifica, pues nunca podríamos de cosas particulares tener lo semejante.» (3)

No hay duda sino que las ciencias del espíritu, metafísica y ética, tenían un lugar preeminente en las antiguas universidades católicas, mas por esto, debían los modernos estarles inmensamente agradecidos, en vez de zaherirlas. Á otro propósito hemos citado antes las palabras de un eminente sabio naturalista que rechaza con deci-

(1) Opus maius, para VI, c. 1 (ed. S. Jeeb, Lond., 1733, p. 447.)

(2) Véase p. 178.—(3) No hace mucho tiempo, llamé yo la atención de uno de los más famosos sabios de Europa sobre este lugar. Lleno de sorpresa me contestó que verdaderamente no había sospechado tal progreso en la edad media por lo que se refiere al método de investigación científico-natural.

sión el método de enseñar las ciencias naturales en el colegio, inculcando la necesidad de formar á la juventud principalmente en las ciencias racionales. Esto tenía lugar con mayor perfección en las antiguas escuelas. «La necesidad imperiosa de una larga preparación del espíritu europeo, dice el Conde de Maistre en su obra «Veladas de San Petersburgo», es una verdad fundamental que parece haber olvidado completamente muchos modernos habladores... El mismo Bacón y otros puchos de menor talla que él, erraron también lamentablemente en este punto. Preciso es confesar que este grande hombre pareció olvidar del todo que era necesario un largo tiempo de preparación, si se quiere evitar que la ciencia se convierta en verdadera calamidad. Enseñad á la juventud física y química antes de formarla sólidamente en los principios de la religión; enviad á un pueblo bárbaro académicos antes que misioneros, y pronto tocaréis el resultado.» El sensualismo y materialismo son las inmediatas consecuencias de una formación meramente científico-natural. Por esto observamos ya estas teorías en los principios de la historia del pensamiento humano. En las obras de Thales, Anaximenes, Leucipo y Demócrito aparecen ya, como Santo Tomás lo indica (1), en el momento en que la verdadera ciencia del espíritu aun no se había comenzado á cultivar, y al llegar su decadencia, reaparecieron con el materialismo de nuestros días, siendo siempre el mismo su objeto, á saber, la absorción total de la inteligencia en la concepción exclusiva del mundo de los sentidos. Confunden la física con la metafísica, y como ésta constituye la base fundamental de la ética, cae ésta al mismo golpe que aquélla. En realidad, la escuela antigua fué la que supo sostener al investigador en sus estudios naturales, para que no se adhiriera demasiado al aspecto sensible de la naturaleza, en lo que peca el moderno naturalista, abriéndole en cambio un horizonte infinitamente más vasto.

(1) S. th. I, q. 45, n. 2 ad 1.

Esto nos debe mover á reconocer y admirar la mano de una providencia especial en el método de las escuelas antiguas. Contemplaron la naturaleza, pero en la luz del espíritu. En los más antiguos documentos del pueblo hebreo palpita ya un profundo sentimiento de la naturaleza, pero en ellos mismos se advierte que la creación entera no es más que una huella de la planta de Dios, y no un ídolo ante el cual deba el hombre doblar ignominiosamente la rodilla.

III

TEOLOGÍA Y CIENCIAS NATURALES, SEGÚN HETTINGER

Consideración de la naturaleza en la Sagrada Escritura.—Sentimiento estético de la naturaleza en los Padres.—Los monjes y anacoretas.—Los escritores eclesiásticos.—La vida de la naturaleza símbolo de la del espíritu.—Ciclo festival del año eclesiástico.

No es sólo la ciencia, mi querido Timoteo, lo que invita á los sabios cristianos al estudio de la naturaleza, sino que la misma Sagrada Escritura los excita á tomar gusto en este ameno y trascendental estudio. «Uno de los signos característicos de la poesía de la naturaleza entre los hebreos consiste, sin duda alguna, en que como reflejo del monoteísmo aprehende siempre el conjunto de las cosas del universo en su unidad. Considera al universo como obra de Dios, y de ahí que la poesía resulte sublime y revestida de cierta gravedad solemne. Pero al mismo tiempo y en contraposición á la poesía de la India, es siempre mesurada y moral, precisamente porque está basada en la fundamental creencia de un Dios personal... En un solo salmo, el 104, encierra el poeta todo el vasto cuadro de la creación». Por esto observamos ya en los primeros Padres de la Iglesia particular predilección por la contemplación y estudio de la naturaleza, predilección que algunos de ellos, como San Basilio, expresaron en forma tan idílica y sentimental que el mismo A. de Humboldt sentía

por ella particular atractivo. «En aquellas sencillas descripciones de la vida rural y campestre, dice este sabio, se expresan sentimientos que se identifican con los de nuestra poesía mucho mejor que todo lo que nos ha transmitido la antigüedad greco-romana.» Al describirnos San Basilio, en su Hexamerón, las noches plácidas y eternamente alegres del Asia Menor, con sus rutilantes estrellas que él llama poéticamente «flores perpetuas del firmamento», el espíritu no puede menos de elevarse hacia lo invisible. De un modo análogo, prueba también Clemente Romano por la consideración de la naturaleza, la inmensa benignidad de Dios para con nosotros. La carta á Diogneto ensalza y glorifica al divino Logos como al gran artífice de toda esta máquina admirable, por el cual creó Dios el cielo y la tierra, conteniendo al mar en sus límites, y cuyas leyes en fin acatan todos los elementos con reverencia y respeto. Teófilo habla de las Pléyadas, de Orión, Arctus y de todo el coro infinito de estrellas, á las cuales la inmensa sabiduría de Dios llama por su propio nombre». Minucio Félix describe el orden admirable que reina en el cielo, en el curso de los astros, en la sucesión periódica de las estaciones, en la admirable disposición de los miembros en el cuerpo de los animales, la hermosura del cuerpo humano, todos los cuales objetos son otros tantos testigos irrefragables de la sabiduría é inefable bondad del Creador y conservador del universo. El profundo sentimiento de la naturaleza de San Agustín, alegre con sus dejos de melancólico, se revela sobre todo en aquel pasaje que el Petrarca nunca admiraba bastantemente, y cuya lectura le hacía derramar lágrimas.

El Papa León XIII, siendo aun Arzobispo de Perusa, en uno de sus memorables escritos, al tratar de la importancia trascendental de las ciencias naturales para el más profundo conocimiento de la religión cristiana, dice entre otras cosas lo siguiente: «Siendo el universo un libro grandioso, en cada una de cuyas páginas se encuentran

estampados el nombre y sabiduría de Dios, es evidente que más penetrado de amor y reverencia estará aquél que con más frecuencia y aplicación lo leyere. Si basta abrir los ojos para reconocer en el estrellado cielo la gloria de su Hacedor; si es suficiente tener oídos para percibir el canto de alabanzas que «un día entona al siguientes», ¡cuánto más clara y patente aparecerá la sabiduría y magnificencia de Dios á aquel cuya escrutadora mirada se fija en el firmamento ó en los profundos arcanos de la tierra, que examina las lucientes estrellas ó el átomo imperceptible, que observa los corpulentos árboles del bosque ó la humilde hierba que hermosea la pradera, y á aquel á quien todos estos objetos le ofrecen á porfía pruebas evidentes de que todos ellos han sido creados en número, peso y medida por una suprema inteligencia! Según esto, puede creerse que la Iglesia se oponga sistemáticamente, ó mire siquiera con indiferencia las investigaciones científicas que tan preciosos frutos producen? (1). Como rey de la naturaleza, el hombre no hace más que ejercitar su propio derecho al ahondar en las misteriosas profundidades de aquélla, al recoger y utilizar las fuerzas allí latentes, y al procurar utilizarlas en beneficio propio y de los demás. ¡Cuán hermoso y majestuoso aparece el hombre al desviar el rayo con mano inteligente haciendo que caiga inofensivo á sus pies! ¡Cuán admirable al llamar á la corriente eléctrica y enviarla como obediente mensajero que transmita sus órdenes á través de las ondas del Océano, de las escarpadas montañas ó de los áridos desiertos! ¡Cuán sorprendente al ordenar al vapor le preste alas para trasladarse por tierra y por mar con la velocidad del rayo! ¡Cuán poderoso al evocar el mismo esta misma fuerza, y por medio de atinadas combinaciones mecánicas, aprisionarle, prescribirle reglas y dirección é imprimirle en cierto modo inteligencia, de modo que automáticamente llegue á realizar los

(1) «La civilización y la Iglesia». Dos cartas pastorales del Cardenal arzobispo de Perusa, Joaquín Pecci, después Papa León XIII.

más difíciles trabajos en beneficio del mismo! ¿No prueba todo esto, de la manera más evidente, que existe en él una chispa de aquella virtud eficaz de su Creador que llama á la luz para que ilumine las tinieblas?».

Con frecuencia se ha tildado de enemigos de la naturaleza á los antiguos monjes y anacoretas, pero sin fundamento. Ni los famosos Padres del desierto de la Tebaida, del Sinai ó del Haurán en Oriente, ni los eremitaños y cenobitas de la Germania y la Galia en Occidente, merecen ciertamente esta acusación. A decir verdad, más bien les movió á separarse del humano consorcio una pasión intensa por esa misma naturaleza. Entre los diferentes motivos que impulsan á los panegiristas de la vida monástica, como San Jerónimo (1) y San Basilio, á recomendarla, y que hacen que la defiendan San Atanasio, San Juan Crisóstomo y San Eucherio, no ocupan el último lugar la dulzura y amenidad de los lugares solitarios. San Ambrosio (2) habla de las islas del Mediterráneo pobladas de monjes, como de «un collar de perlas que Dios había extendido sobre las aguas», y al mencionar el cántico de de alabanza que en ellas continuamente resuena, lo compara con la cadenciosa armonía de las olas que baten la playa. Eucherio, al describir la isla de Lerín representála con abundantes manantiales, de los que continuamente brota un agua deliciosa, que serpea por cauces de flores, perfumándose con sus vaporosos olores (3). El vivo y delicado sentimiento de la naturaleza que se descubre en los poetas franciscanos, nos lo pintó Ozanam (4) en páginas

(1) Hieron., Ep. XLVI, ad Mareell. Ep. XIV, ad Heliodor.

(2) Ambros., in Hexaem. I, III, c. 5.

(3) Eucherius, De laud. crem. ad Hilar. Lirin. c. 42: «Egulum cunctis eremi locis, quae piorum illuminantur recessu, reverentiam debet, praecipue tamen Lirinum ineam honore complectens, quae procellosi naufragis mundi effusus, pississima unius receptat venientes ab illo saeculi flagrantis aestu, blande introductis sub umbras suas, ut illic spiritum sub illa interiore Domini umbra anheli resumant. Aquis scaten, herbis virens, vitibus retentis, visibus odoribusque incunda, paradisaum possidentibus se exhibet.»

(4) Les poètes franciscains en Italie au 13^e siècle. Paris 1852.

brillantes, y el capítulo que Montalembert dedica al estudio de los monjes y su amor á la naturaleza en su famosa obra *Los Monjes de Occidente*, ha proporcionado á todos sus lectores horas de verdadero y puro recreo (1). Y si es cierto que no todo lo que allí se refiere, puede tomarse como rigurosamente histórico, y que el renombrado autor refiere frecuentemente en sus descripciones rasgos legendarios, todavía prueba con evidencia lo que afirmamos, el hecho de haber sido los monjes aficionados á la naturaleza y haber transformado incultos y áridos desiertos en «Valle de las Inces», «Paraiso», «Puerta del cielo», «Valle de los escogidos» y «Valle celeste», nombres que dieron aquellos hombres extraordinarios á los lugares escogidos para su perpetua morada.

El mismo Santo Tomás de Aquino reconoció también la trascendental importancia de la consideración y estudio inteligente de la naturaleza (2). Este estudio, dice el santo Doctor, es el más á propósito para afianzar la fe y extirpar los errores, puesto que la potencia y sabiduría de Dios se nos muestra con tanto mayor esplendor, cuanto más meditamos sus obras, y nuestro amor hacia Él crece tanto más, cuanto más contemplamos las bellezas que su mano ha derramado; pues sabido es que toda la hermosura que en las criaturas aparece distribuida y repartida procede de Dios, fuente y manantial de toda belleza. Conociendo á las criaturas nos asemejamos cada vez más á Aquel que se conoce á sí mismo de un modo perfectísimo y conoce á cuanto está fuera de Él. El conocimiento recto de la naturaleza es también el mejor preservativo contra los errores del paganismo, contra las creencias de la astrología, del fatalismo, de la magia y la superstición, y en fin, por Él llega el hombre á conocer su verdadera posición en el universo. El amor con que San Francisco de Asís invitaba á todas las criaturas, al sol, la luna, las estrellas, al viento, aire y agua, áregonar las alabanzas del Señor; el

(1) «Les moines d'occident», 7 vols. Ed. 4. 1877. — (2) Contra Gent. II, 2. 89.

amor que hizo, según la tradición, que un San Antonio predicara á los peces, y un San Egidio abrazara á los árboles y las rocas, vivía también en los grandes místicos de las otras Órdenes religiosas, Hugo y Ricardo de San Victor, Enrique Suson, Taulero y otros muchos, que esforzándose á buscar en la creación símbolos delicados para representar sus elevadas ideas, llegaron en cierto modo á espiritualizar la naturaleza misma. La predilección de los conventos y monasterios de la Edad Media por sitios hermosos es bien conocida; (1) no debiéndose, empero, olvidar que aquellos mismos monjes muchas veces fueron los que, á fuerza de penosos y continuados trabajos, transformaron los pantanosos é insalubres valles en el estado que hoy admiramos, creando, por decirlo así, su hermosura. El ruiseñor canoro anuncia á San Buenaventura los divinos misterios:

Philomela, praevia temporis amoeni,
Quae recessum nuntias imbris atque coeni,
Dum mulcescit animo tuo tanto leni,
Ave prudentissima, ad me, quae so, veni!

San Bernardo (2) quiere aprender de la tierra, de los árboles, de las semillas y de las flores; halla más enseñanzas en los bosques que en los libros y saca de las piedras y de los árboles lo que ningún maestro puede explicar. Según el ingenioso y piadoso Hugo de San Victor, el mundo sensible se parece á un libro escrito por el dedo de Dios; está formado por su omnipotencia, y todas las criaturas en él son figuras que por orden divinoregonan su sadiduría: el hombre sensitivo contempla solamente la

(1) Véase la descripción de la Cartuja de Calabria por el abad Bruno, y del Convento de Engelberg por el abad Frobenius en Montalembert I. c.

(2) Ep. CVI, ad Henric. Murdach. «Experto crede; aliquid amplius invenies in silvis, quam in libris. Ligna et lapides docebunt te, quod a magistris audire non possis. An non putas posse te sugere mel de petra, oleumque de saxo durissimo? An non montes stillant dulcedinem et colles flumina? Lac et mel, et valles abundant frumento? Multis occurrentibus mihi dicendis tibi, vix me teneo.»

corteza y lo exterior, sin comprender ni penetrar su profundo y misterioso sentido (1). De la misma manera se expresan Ivo de Chartres y Gerhoch de Reichersperg. Bertoldo de Ratisbona ve en la tórtola cándida un símbolo del cristiano fervoroso, en el águila noble á Jesucristo, y en el gato traidor al hereje; á María la virgen sin mancha, en los immaculados rayos del sol, á Magdalena en la luna con sus manchas. Dionisio cartusiano dibujó con bazarria la belleza de la creación, como imagen de la divina hermosura (2). El «Fisiólogo» ofrece á los predicadores materia abundante para poder presentar la vida de los animales en sus diversas manifestaciones como tipo de la virtud y del vicio (3). Pero el que con más variedad y maestría describió la vida de las plantas y de los animales, como símbolos de los diferentes estados interiores del alma, fué sin duda el Dante. ¿Quién no conoce, por ejemplo, aquella magnífica figura con que expresa la inmortalidad del alma, exclamando:

«Oividdás que gusanos sois del suelo,
Nacidos por formar la mariposa,
Que marcha libre á Dios en raudos vuelos!»

Mas ¿para qué detenernos en citar testimonios de los grandes Padres y teólogos, cuando tenemos á la Iglesia misma que ha elegido y consagrado como símbolos de los estados elevados del alma, los fenómenos del día y de la noche y hasta los mismos elementos de la naturaleza? Baste en prueba de ello recordar la bendición del agua, de los óleos y de los cirios. El canto del gallo que anuncia la proximidad del día, el lucero del alba que precede á la aparición del sol, el brillo y esplendor de los rayos de este luminoso astro, el ardor del medio día, el declinar de la tarde, las tinie-

(1) De sacra christiane fidei I, 1. 803.

(2) De venustate mundi et pulchritudine Dei. Operum minorum tom. II (apud s. Ubior. Coloniae 1532) p. 176—186.

(3) Acerca de esto véase la obra del mismo Hettlinger, intitulada «Aphorismen», p. 216 y sgs.—V. Carus, «Geschichte der Zoologie» (Historia de la Zoología, Munich 1872) p. 108 y sgs.

blas de la noche, la aurora, etc., sirven de símbolos para expresar los diferentes estados del espíritu. En los himnos de Vísperas se recuerda la obra grandiosa de los seis días. La creación de las plantas, de la luz y de los animales excita el espíritu del que ora, y lo eleva hacia Dios, supremo dispensador de la luz y de la vida. La bóveda del firmamento, el sol resplandeciente, las estrellas centellantes, la mar borrascosa, y las aromáticas flores, se traducen para el contemplativo en grandiosos pensamientos. Pero donde el curso del tiempo en la vida de la naturaleza, con sus mudanzas y variaciones continuas, sobre todo constituye un simbolismo profundo para el alma espiritual, es en el ciclo festival del año eclesiástico. Los cuatro períodos solemnes de la Iglesia: Navidad, Pascua de Resurrección, Pentecostés y Todos los Santos con la Comemoración de los fieles difuntos, se enlazan en estrecho nudo con las cuatro estaciones del año, y el estado de la naturaleza viene á ser una excitación y una figura de nuestras festividades religiosas. Y es muy natural, puesto que la naturaleza es la compañera del hombre, su solícita madre, el libro maravilloso escrito por el dedo de Dios, y en fin, una obra maestra en cuyas líneas se descubren á cada paso signos evidentes de la poderosa inteligencia del que la produjo. Por el pecado del primer hombre, fué comprendido con él en la común maldición, y con él gime y suspira esperando el dichoso día que ha de anunciar su libertad, con la libertad de los hijos de Dios. El año eclesiástico da principio en la estación en que los rayos del sol llegan á nosotros más debilitados y tibios, cuando las noches son largas y los días por la mayor parte privados de la alegre luz. La naturaleza se muestra inerte y paralizada y parece como que yace en el silencio del sepulcro: es la imagen de la humanidad falta de luz, y esperando ansiosa la salida del nuevo sol vivificador, que llega el día de Navidad:

*En clara nox redarguit
Obscura quaeque personans,
Procul lugentur somnia,
Ab alto Iesus promicat.*

*Mens iam resurgat turpida
Non amplius iacens humi;
Sidus refuget iam novum,
Ut tollat omne noxium.*

El resucitar de la naturaleza al aproximarse la florida primavera, se nos ofrece como viva imagen de la conversión del pecador á su Dios—durante el sagrado tiempo de la cuaresma—y simboliza el comienzo de una vida nueva:

*Dies venit, dies tua,
In qua reflorent omnia:
Lactemur et nos in viam
Tua reduci dextera.*

Pasado el duelo de la Pasión nos regocijamos con la sagrada persona del Resucitado, en la Pascua de Resurrección, cantando llenos de júbilo:

*Aurora coelum purparat,
Æther resultat laudibus,
Mundus triumphans tubilat,
Horrens avernus infremit.*

*Rex ille dum fortissimus
De mortis interno specu
Patrum senatium liberum
Educit ad vitæ inbar.*

Ya aparecen los radiantes rayos del sol, su luz dorada y viva alegría la campiña, hace brotar las flores y sazona los dulces frutos: imagen de lo que obra en nosotros el Espíritu Santo, cuyos suaves dones pedimos en la fiesta de Pentecostés, cantando con la Iglesia.

*Beata nobis gaudia
Agni rediit órbita,
Cum Spiritus Paraclitus
Illius est Apostolicus,
Iguis vibrante lumine
Linguae figuram detulit.*

*Verbis ut essent profundi
Et charitate fervidi.*

*Te nunc, Deus piissime,
Vultu precamur cernuo
Illapsa nobis caelitus
Largire dona Spiritus.*

El tiempo de la recolección se aproxima, las flores se marchitan y hoja por hoja va desapareciendo el verde follaje que cubría los árboles; la escarcha comienza á platar los campos y arboledas; y un como suspiro sobre la caducidad de las cosas resuena en toda la naturaleza. En esta época celebra la Iglesia la fiesta de todos los Santos y la conmemoración de los fieles difuntos; eleva su voz suplicante hasta el cielo, pidiendo que aquellos de sus hijos que todavía peregrinan en este mundo, sean un día recibidos, cual frutos sazonados, en el granero del Padre celestial:

*Auferte gentem perfidam
Credentium de sialibus,
Ut unus omnes unicum
Ovile nos Pastor regat.*

Pero el camino que conduce á la vida, tiene dos estaciones dolorosas, que son la muerte y el juicio que á ésta se sigue. La Iglesia, como piadosa madre, piensa en todos sus hijos difuntos, y penetra de dolor y profunda veneración, adelantase hasta el trono del supremo Juez é implora suplicante su misericordia con estos sentidos acentos:

*Dies irae, Dies illa,
Solvat saeculum in favilla,
Teste David cum Sibylla.*

*Quid sum miser tunc dicturus,
Quem patronum rogaturus,
Cum vix iustus sit securus.*

*Rex tremendae maestatis,
Qui salvandos salvas gratis,
Salva me, fons pietatis.*

Recordare, Iesu pie,
Quod aín causa tise vice,
Ne me perdas illa die.

Quaerens me, sedisti lassus,
Redemisti crucem passus:
Tantus labor non sit cassus.

Y de esta manera, el ciclo festival del año eclesiástico, viene á ser como el calendario del mundo sobrenatural.

Mas la vida de la naturaleza, con sus propiedades típicas y simbólicas, aparece no sólo en las palabras de la Iglesia sino también en sus imágenes. El cordero y la paloma se observan ya en los antiquísimos frescos de las catacumbas, como emblemas de Jesucristo, del Espíritu Santo y del alma cristiana en general, lo mismo que el fénix fabuloso, como símbolo de la inmortalidad. También se remonta á la más alta antigüedad el símbolo del pez para representar á Jesucristo y á los fieles regenerados y vivificados por el agua. El león se encuentra con frecuencia como imagen de Jesucristo, verdadero león de Judá, mientras que el pavo real y el gallo simbolizan la resurrección. Ciervos, en el acto de apagar su sed en una fuente de aguas vivas, nos recuerdan las aguas de la salud. La palma es generalmente conocida como señal de la victoria, lo mismo que la paloma llevando en su delicado pico un ramo de olivo simboliza la paz celestial. Árboles frondosos y praderas tapizadas de flores, representan el delicioso y celestial paraíso. La época posterior, que comienza á decorar los ábsides de las basílicas con preciosos mosaicos, conservó cuidadosa y religiosamente tan delicado simbolismo. ¿Qué impresión, en efecto, más delicada que la que en el ánimo del visitante producen los delicados mosaicos de la iglesia de los santos Cosme y Damían, en Roma, donde los doce apóstoles se ven figurados por corderillos que ansiosos fijan sus miradas en Jesucristo «verdadero Cordero de Dios»? ¿Qué impresión más fuerte que la que causan los grandes y magníficos mosaicos de la ba-

sílica de San Juan de Letrán representando al río Jordán en el que desembocan los cuatro ríos del paraíso, y en cuyas orillas juegetean niños en medio de flores y avecillas, mientras que corderos y ciervos beben de sus aguas claras?

Estas indicaciones, aunque someras, bastarán, mi querido Seminarista, para darte una idea del dulce sentimiento de la naturaleza de que la Iglesia ha estado siempre penetrada, procurando en todas partes expresar la admirable armonía que se observa entre la naturaleza y la gracia, entre lo transitorio y lo permanente. Aquello debe ser para nosotros nada más que una imagen de esto; lo visible solamente debe mirarse como un reflejo pálido de lo invisible. El genio mundano de Goethe, en su novela «Afinitades electivas» tomó de la química una figura para representar gráficamente relaciones pecaminosas; mas para el cristiano, la naturaleza bendita y consagrada por la Iglesia, debe ser una escala por la cual se eleve hasta la contemplación de lo increado y eterno.

S. Juan de la Cruz y el V. P. Granada son dechados de delicadeza y sentimiento, cuyos simbolismo y misterioso atractivo radican en el estudio ecléctico de la naturaleza visible y terrenal para trasbordarnos á otros mundos ideales y de místicos goces, á impercederos epilatamios sobrenaturales.

ARTÍCULO XII.

CARTA Á UN JOVEN TEÓLOGO SOBRE LA PREMOCIÓN FÍSICA

I

Mi buen amigo: Ya que V. desea y quiere le diga lo que pienso sobre esta tan debatida cuestión, procuraré hacerlo sencillamente, y sin ánimo de entrar en polémicas que por lo general no sirven para otra cosa, que para oscurecer cuestiones de suyo difíciles de entender.

Cuestión es ésta, alta y profunda, cuyas raíces se ex-